

Pregón de fiestas de Guadix del año dos mil siete

Luis López-Quiñones Maján

Soy de aquí. Pertenezco a este lugar de luz y de color con horizontes de nieves, rodeado de montes de esparto y cerros de arcilla, que tiene un valle sembrado de vida cortado por el cauce de un río seco, en cuya margen izquierda, siguiendo el camino del sol, se inicia un pueblo que trepa pendientes y repechos por los que asoman tejados, campanarios y alguna veleta sobre un fondo de cal de chimeneas.

El lugar, frontera del desierto en la cercanía de la mar y abierto al capricho de los vientos, es una mezcolanza de marrones, verdes y ocre enmarcados en el azul infinito del cielo en el que se dibuja el perfil de la catedral, con su torre de ladrillo, en la que doce campanas de bronce adornan una balconada cuadrada que contempla el pasar de las gentes.

Su naturaleza árida y fértil tiene en las cuatro estaciones del año un protagonismo desbordante. Las primaveras, recuerdo, eran despertares perezosos que, más tarde que pronto, aparecían teñidas de verdes floridos, con olor de tomillo en los montes, de flor de acacias en las placetas, de rosales en los jardines y de celindos en las tapias de los callejones que escondían los huertos, mientras golondrinas y vencejos prolongaban sus alocados vuelos hasta más allá del crepúsculo.

En verano, los verdes se tornan pálidos y el agua en la vega se hace sonido, bronco en los sifones de las acequias, lejano y monótono en el chorrear de las tejas y silencio en

las balsas y los estanques. Los días son largos y plenos de vida, con mañanas de trasiegos y de fatigas. Al medio día, el frescor de los patios alivia los calores, y la siesta es un islote de gozos en el mar de monotonías de las primeras horas de la tarde. Las puestas de sol son de colores ardientes, caen lentas y traen brisas de juegos y paseos. Y llegada la noche, los luceros y las estrellas fugaces son testigos de susurros, promesas y confidencias.

Octubre llega con resaca de calores, como si añorase el verano. La sequía ya va para largo y hasta los neveros que dibujó el deshielo en las faldas de la sierra se refugiaron semanas atrás en la paz del pantano. A veces, las ramblas se hacen torrentes, la tierra huele a tierra mojada, mientras los álamos altivos se desnudan al ritmo del viento del norte. Es otoño y la intensidad de la luz y la tonalidad del color se suceden en mil visiones diferentes. Es la estación de los pintores, de los que pintan el lugar y de los que pintan poemas de recuerdos y nostalgias.

Una mañana, evoca mi memoria, las montañas de más allá de los cerros aparecían nevadas. El cielo, gris marengo, anunciaba hielos y escarchas. La naturaleza, entretanto, dormía. Las savias de las plantas descansaban, grillos y chicharras ya callaron y, solo, los gorriones piaban cerca de pajares y colmados.

En invierno, el cielo después de la helada es azul intenso y limpio, y los ecos de las campanadas suenan más graves perdiéndose más allá de los cerros. Los paisanos, que ya visten abrigos y pellizas que huelen a baúl y alcanfor, rehuyen el frío, de mañana, en solanas y las recachas y, a la tarde, buscan el calor de los cafés, entre humos de tabaco y

golpes de dominó, mientras que un coro de murmullos se escucha, a veces, cercano y otras a lo lejos dependiendo de los hablantes y decires de clientes y parroquianos.

Soy de aquí. Pertenezco a este lugar de horizontes de nieves, rodeado de montes de esparto y cerros de arcilla llamado Guadix. Único y sorprendente. Peculiar en su entorno, diferente por su naturaleza, abundante de colores, desbordante de luz. “*La única ciudad del mundo invadida por el paisaje*”, en palabras de Don Miguel Rodríguez Pastor. ¡Guadix!, lugar donde nací, crecí, me eduqué y al que siempre retorno. ¡Guadix, ciudad del paisaje!.

Tengo el orgullo de ser el pregonero en este año de 2007 de las fiestas de Guadix, mi pueblo, y quiero manifestar mi gratitud a todos los que han contribuido a que así fuese y, en especial, a la Corporación Municipal, reconociendo que el único merito, de mi parte, que puede justificar mi presencia aquí es el amor y la pasión que siento por esta mi tierra. Encontrarme, esta noche, en la plaza de las Palomas, rodeado de autoridades, amigos, paisanos y familiares es uno de los acontecimientos más emotivos de mi vida porque, no solo, satisface sobradamente mi condición de accitano y mi vanidad de persona, sino que me permite expresar en voz alta mis sentimientos de afecto y cariño a mi pueblo y a mis gentes; y cantar y contar del Guadix milenario, monumental, troglodita, romántico, acogedor, señorial, individualista, artístico, literario; pero también del Guadix que a mí me contaron, el que recuerdo y el que realmente era, el que sueño, el que es, el que debería ser y todavía no hemos logrado.

Los historiadores dicen que para saber adonde se va es preciso conocer de donde se viene y los accitanos sabemos que Guadix, en el pasado, fue una comunidad grandiosa

con vida propia e intensa y con personajes ilustres que vincularon su gloria al nombre de la ciudad. Fue la primera comunidad cristiana de occidente; colonia romana cuyos habitantes tenían la condición de ciudadanos de Roma y en la que se asentaron los legionarios de César después de la batalla de Munda; capital de un reino en los siglos XIV y XV, cuando se llamaba Wadi-Ash, que aportó a la humanidad el magisterio y el saber de pensadores y poetas cuyas vidas y obras recogen los tratados y enciclopedias de la mayoría de las lenguas vivas. De éste colectivo formó parte el filósofo, médico y astrónomo Aben-Tofail, cuya obra *“El autodidacta”* influyó de forma notoria en la novela *“Las aventuras de Robinson Crusoe”* de Daniel de Foe, uno de los relatos de mayor éxito popular de la historia de la literatura. Del *“autodidacta”*, dijo Menéndez y Pelayo que pocos libros habría en el mundo tan maravillosos. Su protagonista, nacido en una isla desierta sin trato ni comunicación con otras personas, va elaborando por sí mismo sus ideas, procediendo de lo particular a lo general, de lo concreto a lo abstracto, del accidente a la sustancia, hasta llegar a un mundo de conceptos y creencias coincidente con la realidad humana.

Los versos del poeta Al-Shustari, que aún perviven en las músicas populares de Egipto y Sudán y son cantados por modernos grupos de música andalusí, trascendieron, en su momento la cultura musulmana habiendo influido en Raimundo Lulio y en San Juan de la Cruz, entre otros. Al-Shustari dedicó su vida a los marginados y olvidados de la sociedad de forma semejante a San Francisco de Asís. Su tumba que se encuentra en el bajo Egipto es todavía centro de peregrinación de seguidores y turistas curiosos. Recordar a Aben-Tofail y Al-Shustari, en este acto, tiene su motivación: los próximos años 2010 y 2012 se cumplirán los centenarios (noveno y octavo) de sus nacimientos y

sería honroso que la ciudad de Guadix organizase algún acto conmemorativo para recordar la contribución de estos accitanos al patrimonio cultural de la humanidad.

La edad moderna se inicia en Guadix con la entrega de la ciudad a los Reyes Católicos, la repoblación de la comarca, la creación del corregimiento y la restitución de su sede episcopal. El siglo XVI es una época de esplendor para la ciudad. A la actividad que desarrollan las instituciones civiles y eclesiásticas se suma la vinculación a Guadix de influyentes familias y linajes castellanos (Hurtado de Mendoza, Álvaro de Bazán, Alonso de Vozmediano, Pérez de Barradas, Marques de Villena, Pedro de Mendoza, Gaspar de Ávalos, Fray Antonio de Guevara...) siempre próximos al Emperador y con gran ascendencia en la Corte como el Adelantado Don Pedro de Mendoza que, por encargo directo del rey, organizó y sufragó con su fortuna personal la expedición al río de la Plata, en la que también participaron otros accitanos, con la misión de impedir el expansionismo de los portugueses. Don Diego Luis de Moctezuma, nieto del emperador azteca Moctezuma, vivió parte de su vida en Guadix bajo la protección de Don Gaspar de Ávalos, regidor de la ciudad, habiendo contraído matrimonio con un familiar de este. Fray Antonio de Guevara, nombrado obispo de Guadix en 1528, fue predicador y cronista oficial del rey Carlos, le acompañó a la ceremonia de su coronación como Emperador y fue miembro del grupo de teólogos que dictaminaron sobre la obra de Erasmo de Róterdam. Sus libros fueron traducidos en el siglo XVI al francés, inglés, italiano y alemán, la práctica totalidad del mundo cultivado de la época. Don Gaspar de Ávalos, tío carnal del protector de Don Diego Luis de Moctezuma nacido en Guadix, cuya sede episcopal ocupó, fue también arzobispo de Granada, cardenal de Santiago y, hombre de confianza del rey de quien fue capellán, prestándole importantes servicios en relación a la guerra de los moriscos de Granada.

Con la supresión del corregimiento a comienzos del siglo XIX, consecuencia de la reforma territorial impulsada por el granadino Javier de Burgos, se acentuó el declinar de Guadix iniciado unas décadas antes. A pesar de ello, el nombre de la ciudad mantuvo su presencia en periódicos, revistas y publicaciones de la época gracias a la creatividad y al genio de Pedro Antonio de Alarcón y, también a la obra de Tárrago y Mateos y Requena Espinar.

La historia de Guadix durante el pasado siglo es una crónica permanente de proyectos, deseos y esperanzas que, pocas veces, se hicieron realidad y, otras muchas, se frustraron o cayeron en el olvido ante la pasividad de instituciones y ciudadanos.

El legado que los accitanos hemos recibido de nuestros antepasados es bello, fecundo, heroico e irrenunciable, pero justificar el presente de Guadix en el esplendor de su pasado es equivocado y poco realista. La grandeza que actualmente requiere Guadix es diferente y debe ser consecuencia del bienestar y el progreso de los accitanos.

Todos los momentos son adecuados para iniciar proyectos y asaltar el futuro y, más aún, si se dispone, como la comarca de Guadix, de un peculiar paisaje y de un valioso patrimonio urbano que se inserta en el paisaje de forma natural, como si fuese parte del mismo. Sucede con el barrio de las cuevas, pero también con el casco histórico y con las placetas, callejones y huertos de mas allá de la muralla.

Los paisajes están ligados a las sensaciones, irradian belleza y fomentan valores pudiendo la intervención de los hombres acentuar su capacidad de seducción o producir

rechazo. Un paisaje armonioso produce sensaciones de bienestar, de alegría interior de sosiego, mientras que los paisajes desagradables incomodan y generan sentimiento de malestar y desagrado.

La recuperación de nuestro patrimonio y, en particular, el del barrio de las cuevas pudiera ser considerado de utopía, pero las utopías están para alcanzarlas, y aunque su proceso de recuperación puede ser largo, durar décadas, debe acometerse como el convencimiento de que se trata de la actuación más importante y que mayores beneficios podría reportar a la ciudad y a la comarca. Quizás, los accitanos no somos conscientes de la potencialidad y posibilidades de este patrimonio, ni de la obligación de conservarlo y mejorarlo.

Lo que sea Guadix en el futuro depende, exclusivamente, de nosotros los accitanos, que deberíamos, con frecuencia, recordar las palabras que el fallecido John F. Kennedy, en su toma de posesión como presidente de los EEUU, dirigió a las gentes de su país: *“americanos, no preguntéis que puede hacer América por vosotros, meditad y responded que podéis hacer vosotros por América”*. Esta es la cuestión que debemos plantearnos los vecinos de Guadix y los que queremos profundamente a este pueblo, y aunque la respuesta depende de la voluntad de cada uno, al menos, todos, absolutamente, todos podemos aportar mejor comportamiento cívico y mayor responsabilidad ciudadana. No se trata de contribuir con recursos económicos o de aportar trabajo personal, sino de SER, SER VECINOS, SER CIUDADANOS, SER PERSONAS.

Hoy comienzan las fiestas de Guadix de 2007 y, en general, tenemos motivos suficientes para vivirlas intensamente apartando los pesares y fatigas. Algunas personas piensan que esta clase de fiestas ya no tienen razón de ser cuando la diversión está al alcance de todos, todos los días del año, y no es cierto. Las fiestas mayores de los pueblos y las ciudades son lugares de alegría compartida. Son el espacio en el que familias, amigos, vecinos, e, incluso, aquellas personas con las que se mantiene un escaso trato diario comparten gozos y alegrías una vez al año. Sin olvidar, que también constituyen la ocasión para que los que emigraron por diversas causas a otros lugares regresen a su pueblo a reencontrarse con sus orígenes y raíces.

Los colectivos humanos necesitan referentes para afirmar y mantener su identidad, y sus fiestas son motivo para poner de manifiesto su forma de ser y su personalidad. Las fiestas mayores de los pueblos y, también, las de Guadix son expresiones espontáneas de alegría, que nacen y viven en las calles y sirven para fomentar la hermandad y solidaridad vecinal, sin ningún tipo de exclusiones.

Las circunstancias que motivaron las fiestas de los pueblos han cambiado con el tiempo y continuarán cambiando mientras el mundo sea mundo. Apenas, acuden ya tratantes de ganados a las ferias y han desaparecido aquellos magos de la palabra, los charlatanes, que vendían un peine o un cinturón de plexiglás y regalaban una manta, aunque tienen dignos continuadores en los que, con micrófonos colgados al cuello, reclaman la atención del público para que prueben suerte en las tómbolas.

Las fiestas populares, como estas que celebramos en Guadix, se hacen con el paso del tiempo aún más necesarias porque, año tras año, la sociedad se encierra

progresivamente en círculos, cada vez mas reducidos, llegando a la soledad que desgraciadamente ya padecen muchos ciudadanos y algunos de nuestros vecinos. Las fiestas de los pueblos no pueden morir, ni pueden sustituirse por la diversión de los fines de semana que se compra por unas monedas a pesar de que, incluso, puede llegar a ser aburrida.

Esta noche, Guadix, está ya de fiesta y nosotros, cuando finalice este acto, vamos a salir a su encuentro a compartirla con todos, con una copa, con un saludo, con una sonrisa o con un deseo de felicidad. Estos días, al menos, seamos dichosos, porque tenemos la suerte de ser o vivir en un lugar de buenas gentes, lleno de luz y color, de horizontes de nieves, rodeado de montes de esparto y cerros de arcilla que se llama Guadix.

Veintisiete de agosto de dos mil siete.